EL HOGAR DE

MISS PEREGRINE PARA NIÑOS PECULIARES

3

LA BIBLIOTECA DE ALMAS

RANSOM RIGGS

CROSS BOOKS

Ransom Riggs

EL HOGAR DE MISS PEREGRINE PARA NIÑOS PECULIARES 3

LA BIBLIOTECA DE ALMAS

Traducción de Julia Alquézar y Rosa María Sanz Ruiz

CROSS BOOKS

Crossbooks, 2016
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Library of Souls*
© Ransom Riggs, 2015. Todos los derechos reservados
Publicado originalmente en inglés por Quirk Books, Philadelphia, Pennsylvania
Derechos de traducción cedidos mediante acuerdo con Ute Körner Literary Agent, S.L.U., Barcelona – www.uklitag.com.
© de la traducción: Julia Alquézar y Rosa María Sanz, 2016
Diseño de cubierta: Doogie Horner
Fotografía de cubierta: John Van Noate

© Editorial Planeta S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: novembre de 2016
ISBN: 978-84-08-16290-2
Depósito legal: B. 20.196-2016
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

El monstruo estaba a menos de una lengua de distancia, con los ojos clavados en nuestras gargantas y su cerebro marchito lleno de fantasías de asesinato. En el ambiente pesaban sus ansias por devorarnos. Los huecos nacen con sed de almas de peculiares, y ahí estábamos nosotros, colocados como si fuéramos un bufet: Addison, que es del tamaño de un bocado, defendía el terreno con valentía, a mis pies y con la cola en tensión; Emma se había apoyado en mí, pues aún seguía demasiado aturdida por la explosión para crear una llama mayor que la de una cerilla, y los tres teníamos la espalda pegada a la cabina de teléfono. Más allá de nuestra desalentadora estampa, la estación del metro parecía un club nocturno donde hubiera estallado una bomba. El vapor salía de las tuberías reventadas silbando y formaba cortinas espectrales. Las pantallas colgaban rotas del techo. Los cristales hechos añicos se habían esparcido por todas partes y destellaban con las luces de emergencia como una bola de discoteca de media hectárea de extensión. No teníamos escapatoria: estábamos atrapados entre una pared y un cristal que nos llegaba hasta la mitad de las piernas y solo nos separaban un par de zancadas de una criatura cuyo único instinto natural era desmembrarnos y que, pese a ello, no hacía ademán alguno de acercarse. El monstruo parecía clavado al suelo, se balanceaba sobre los talones, como un borracho o un sonám-

bulo, y su cabeza colgaba inerte, con las lenguas inmóviles, como un nido de serpientes que se hubiera dormido gracias a un encantamiento.

Y era yo quien había hecho eso. Jacob Portman, un donnadie de Ninguna Parte, Florida. Si ese horror surgido de la oscuridad y de pesadillas infantiles no nos estaba matando era porque le había pedido que no lo hiciera. Le había dicho claramente que desenroscara su lengua de mi cuello. «Retrocede», le había pedido. «Quieto», le había ordenado después, en un idioma de sonidos que una boca humana no debería poder pronunciar; y milagrosamente el monstruo me había obedecido, desafiándome solo con la mirada. De algún modo, había domado a esa pesadilla, le había lanzado un hechizo. Pero aquello que está dormido puede despertarse, y todos los hechizos pierden su fuerza, especialmente los lanzados por accidente, y bajo aquel espejismo de tranquilidad notaba que el hueco bullía por liberarse.

Addison me dio un empujoncito en la pantorrilla con el hocico.

—Llegarán más wights. ¿Nos dejará pasar esa bestia?

—Vuelve a hablar con él —dijo Emma, con voz temblorosa y vaga—. Dile que se vaya a freír espárragos.

Busqué las palabras adecuadas, pero no las encontraba.

—No sé cómo hacerlo.

—Pero si acabas de hablar con él —dijo Addison—. Parecías poseído por un demonio.

Hace un minuto, antes de saber que podía hacerlo, las palabras habían llegado sin más y solo había tenido que abrir la boca. Sin embargo, ahora que volvía a necesitarlas, se me escapaban de entre las manos como un pez resbaladizo. Cada vez que llegaba a tocar una, se alejaba de mi alcance.

«¡Márchate!», grité.

Pero la palabra salió en lenguaje humano. El hueco no se movió.

Erguí la espalda, lo miré directamente a sus ojos negros como un tintero y volví a intentarlo.

«¡Lárgate de aquí! ¡Déjanos en paz!»

Lenguaje humano, otra vez. El hueco ladeó la cabeza como un perro curioso, pero por lo demás era una estatua.

—¿Se ha ido? —preguntó Addison.

Los otros no podían estar seguros; solo yo podía verlo.

—Sigue aquí —dije—. No sé qué problema hay.

Me sentía tonto y desanimado. ¿Tan rápido se había desvanecido mi don?

—No importa —añadió Emma—. De todos modos, es imposible razonar con los huecos.

Extendió una mano e intentó encender una llama, pero solo creó una chispa. El esfuerzo parecía haberla debilitado. La agarré con más fuerza por la cintura, para asegurarme de que no se cayera.

—No malgastes tus fuerzas, fósforo —dijo Addison—. Estoy seguro de que las necesitarás.

—Lucharé con las manos frías si es necesario —dijo Emma—. Lo único que importa es que encontremos a los demás antes de que sea demasiado tarde.

Los demás. Aún podía verlos, en mi retina seguía grabada la imagen de ellos al desvanecerse junto a las vías: el cuidado atuendo de Horace hecho un desastre; la fuerza de Bronwyn que no era rival para las pistolas de los wights; Enoch, desorientado por la explosión; Hugh, que consiguió desabrocharle los zapatos pesados a Olive en medio del caos para que pudiera marcharse flotando; Olive atrapada por el talón y devuelta a la tierra antes de que pudiera elevarse fuera del alcance de los wights. Todos ellos, sollozando de miedo, obligados a meterse en el tren a punta de pistola, desaparecidos. Desaparecidos con la

ymbryne por quien casi habíamos dado la vida, en un viaje a toda velocidad por las tripas de Londres hacia un destino peor que la muerte. «Ya es demasiado tarde», pensé. Era demasiado tarde desde el momento en que los soldados de Caul entraron en tromba en el escondite helado de Miss Wren.

Era demasiado tarde desde la noche en que confundimos al malvado hermano de Miss Peregrine con nuestro querido pájaro. Pero me juré a mí mismo que encontraríamos a nuestros amigos y a nuestra ymbryne, por muy alto que fuera el precio que tuviéramos que pagar y aunque solo pudiéramos recuperar sus cadáveres o acabáramos añadiendo nuestro cuerpo al montón.

En alguna parte de la negra oscuridad había una salida a la calle. Una puerta, una escalera, normal o mecánica, en la pared más lejana. Pero ¿cómo podíamos llegar hasta allí?

«¡Lárgate de aquí de una maldita vez!», grité al hueco, en un último intento.

Lenguaje humano, naturalmente. El hueco gruñó como una vaca pero no se movió. Todo fue en vano. Las palabras habían desaparecido.

—Plan B —añadí—. Esa cosa no me va a escuchar, así que tendremos que rodearla, esperemos que no se mueva.

—¿Rodearla por dónde? —quiso saber Emma.

Para evitarlo, tendríamos que atravesar montones de cristales, pero los vidrios rotos harían trizas las pantorrillas desnudas de Emma y las patas de Addison. Sopesé las alternativas: podía llevar al perro a cuestas, pero seguía sin saber qué hacer con Emma. Podía, también, buscar un trozo de cristal en forma de espada y apuñalar a esa cosa en los ojos, una técnica que me había servido en el pasado; ahora bien, si no conseguía matarlo con el primer golpe, sin duda se despertaría y nosotros acabaríamos muertos. La única otra forma de escapar era por un

pequeño espacio libre de cristales entre el hueco y la pared. Pero era estrecho, de poco más de medio metro tal vez. Sería difícil pasar aunque pegáramos la espalda a la pared. Me preocupaba que, si nos acercábamos tanto al hueco o, aún peor, si lo tocábamos por accidente, se rompiera el frágil trance que lo mantenía a raya. Sin embargo, a menos que pudieran crecernos alas para volar sobre su cabeza, esa parecía nuestra única opción.

—¿Puedes caminar un poco? —pregunté a Emma—. ¿O al menos cojear?

Juntó las rodillas y se soltó de mi cintura, para comprobar si podía sostener su peso.

—Puedo cojear.

—Bien, pues esto es lo que vamos a hacer: pasaremos a su lado, de espaldas a la pared, por ese espacio de ahí. Es estrecho, pero si tenemos cuidado...

Addison vio a qué me refería y se encogió en la cabina telefónica.

—¿Crees que deberíamos acercarnos tanto?

—Probablemente, no.

—¿Y si se despierta mientras estamos...?

—No lo hará —dije, con confianza fingida—. Pero no hagáis ningún movimiento brusco... y, sobre todo, no lo toquéis.

—Ahora tú eres nuestros ojos —dijo Addison—. Que los pájaros nos protejan.

Elegí un largo trozo roto de cristal del suelo y me lo guardé en el bolsillo. Nos acercamos a la pared, apretamos la espalda contra los azulejos y empezamos a movernos pasito a pasito hacia el hueco. Sus ojos siguieron nuestros movimientos. Al cabo de unos pocos pasos cautelosos, nos envolvió un tufo a hueco tan repugnante que se me saltaron las lágrimas. Addison tosió y Emma se tapó la nariz con la mano.

—Solo un poco más —dije, en voz suave y aparentando tranquilidad.

Saqué el cristal de mi bolsillo y lo agarré con la punta afilada hacia fuera, después dimos otro paso, y otro más. Ahora estábamos tan cerca que podría haber tocado al hueco con tan solo estirar el brazo. Oí los latidos de su corazón dentro de sus costillas, y con cada paso que dábamos se le aceleraba el ritmo un poco más. Estaba luchando contra mí, peleando con cada célula de su ser para apartar mis torpes manos de sus controles.

«No te muevas —dije, articulando las palabras en mi lengua—. Eres mío. Yo te controlo. No te muevas.»

Metí barriga, me puse recto y alineé cada una de mis vértebras contra la pared, después me desplacé de lado por el estrecho espacio entre el muro y el hueco.

«No te muevas, no te muevas.»

Deslizarme, arrastrar los pies, deslizarme. Contuve la respiración, mientras que la del hueco se aceleraba; húmedo y ruidoso, un aliento negro infame salía de sus fosas nasales. Sus ansias de devorarnos debían de ser insoportables, igual que las mías de huir, pero las ignoré; de lo contrario, habría actuado como una presa, no como un amo.

«No te muevas. No te muevas.»

Unos cuantos pasos más, unos cuantos pasos más y lo habríamos dejado atrás. Su hombro estaba a escasos centímetros de mi pecho.

«No...»

Y entonces lo hizo. Con un movimiento veloz el hueco giró la cabeza y después su cuerpo para mirarme de frente.

Me quedé inmóvil.

—No os mováis —dije ahora en voz alta a los demás.

Addison enterró la cara entre sus patas y Emma se quedó helada,

y se aferró a mi brazo con todas sus fuerzas. Me armé de valor para lo que estaba a punto de ocurrir: sus lenguas, sus dientes, el fin.

«Retrocede, Retrocede, Retrocede.»

Humano, humano, humano.

Pasaron unos segundos durante los cuales, para mi sorpresa, no fuimos asesinados. No obstante, a juzgar por cómo su pecho subía y bajaba, la criatura parecía haberse vuelto a quedar de piedra.

A modo de experimento, me deslicé por la pared. El hueco me siguió girando levemente la cabeza: con la mirada clavada en mí como la aguja de un compás; su cuerpo estaba en perfecta sincronía con el mío, pero no fue más allá, no abrió sus fauces. Si el hechizo que había lanzado se hubiera roto, ya estaríamos muertos.

El hueco solo me miraba a mí. Esperaba instrucciones que yo no sabía dar.

—Falsa alarma —dije, y a Emma se le escapó un sonoro suspiro.

Conseguimos salir de aquel angosto espacio, nos separamos de la pared y salimos corriendo tan deprisa como nos permitía la cojera de Emma. Cuando pudimos poner cierta distancia entre nosotros y el hueco, miré hacia atrás. El monstruo se había dado la vuelta para mirarme.

«Quieto —murmuré en humano—, bien.»

Pasamos a través de una cortina de humo y vimos las escaleras mecánicas, detenidas porque la electricidad estaba cortada. Hasta ellas llegaba el resplandor de la luz del día, una seductora promesa del mundo de la superficie. El mundo de los vivos, el mundo del presente. Un mundo en el que tenía padres. Estaban allí, ambos, en Londres, respirando el mismo aire que yo. A un paseo de distancia.

«Hola, ¿qué tal?»

Impensable. Y lo que era más increíble todavía: no hacía ni cinco minutos que le había contado todo a mi padre.

La versión abreviada, al menos: «Soy como el abuelo Portman. Soy peculiar». Aunque no lo entendieran, ahora, al menos, lo sabían. Así mi ausencia ya no parecería tanto una traición. Todavía podía oír la voz de mi padre, que me suplicaba que volviera a casa. Mientras caminábamos sin fuerzas hacia la luz, tuve que luchar contra un repentino y vergonzoso deseo de soltar el brazo de Emma y correr al exterior: escapar de aquella oscuridad asfixiante, reunirme con mis padres, pedirles perdón y, por fin, meterme en la cama del hotel pijo y dormirme.

Pero eso era absolutamente impensable. Nunca podría hacerlo: quería a Emma, se lo había dicho, y por nada del mundo la dejaría atrás. Y no precisamente porque fuera noble, valiente o caballeroso.

No soy ninguna de esas cosas. Temía que dejarla atrás me partiera por la mitad.

Y los demás, los demás... Nuestros pobres y desdichados amigos. Teníamos que ir a buscarlos, pero ¿cómo?

Ningún tren había entrado en la estación desde que se había marchado el que se los había llevado, y después de la explosión y de los disparos que habían sacudido el lugar, estaba seguro de que no vendría ningún otro. Eso nos dejaba con dos opciones, ambas terribles: seguirlos a pie por los túneles, con la esperanza de no encontrarnos con ningún otro hueco, o subir por las escaleras y hacer frente a lo que fuera que nos encontráramos allí, probablemente una brigada de limpieza, y después reagruparnos para reevaluar la situación.

Yo sabía qué opción prefería. Estaba harto de la oscuridad, y aún más de los huecos.

—Subamos —dije, animando a Emma a ir hacia las escaleras mecánicas—. Encontraremos un lugar seguro donde planear nuestro siguiente movimiento, mientras recuperamos fuerzas.

—¡Ni hablar! —dijo ella—. No podemos abandonar a los demás. Da igual cómo esté yo.

—No vamos a abandonarlos. Pero debemos ser realistas. Estamos heridos e indefensos, y probablemente los demás estarán ya a varios kilómetros de distancia, fuera del metro y a medio camino de alguna otra parte. ¿Cómo se supone que vamos a encontrarlos?

—Igual que te encontré a ti —dijo Addison—. Con mi nariz. Las personas peculiares desprenden un aroma propio, ya verás, un olor que solo los perros como yo podemos identificar. Y da la casualidad de que vosotros sois un grupo de peculiares con un olor particularmente poderoso. El miedo lo aumenta, creo, y pasar varios días sin ducharse...

—¡Pues vayamos tras ellos! —propuso Emma.

Tiró de mí hacia las vías con una sorprendente explosión de fuerza. Aun así, me resistí al tira y afloja de nuestros brazos entrelazados.

—No, no. Es imposible que los trenes sigan circulando, y si intentamos ir allí a pie...

—No me importa que sea peligroso. No pienso abandonarlos.

—No es solo peligroso, es que no tiene sentido. Se han ido, Emma.

Se soltó de mi brazo y empezó a cojear hacia las vías, pero tropezó y tuvo que hacer un esfuerzo por no caerse.

«Di algo», articulé con los labios a Addison, que la rodeó para detenerla.

—Me temo que el chico tiene razón. Si seguimos a pie, el olor del rastro de nuestros amigos habrá desaparecido mucho antes de que podamos encontrarlos. Incluso mis finas habilidades tienen sus límites.

Emma miró el túnel y luego a mí; la expresión de su cara revelaba una lucha interior. Le tendí la mano.

—Por favor, ven conmigo. Eso no significa que vayamos a rendirnos.

—De acuerdo —acabó aceptando ella—. Está bien.

Pero justo cuando nos encaminábamos hacia las escaleras mecánicas, alguien gritó desde la oscuridad, desde las vías:

—¡Estoy aquí!

La voz era débil, pero familiar y con acento ruso. Era el contorsionista. Tras escudriñar la oscuridad, solo conseguí discernir su silueta desplomada junto a los raíles y un brazo levantado. Le habían disparado durante la trifulca, y yo había dado por supuesto que los wights lo había metido en el tren con los demás. Y, sin embargo, allí estaba, saludándonos.

—¡Sergei! —exclamó Emma.

—¿Lo conoces? —dijo Addison, suspicaz.

—Era uno de los refugiados peculiares de Miss Wren —respondí yo, mientras llegaba a mis oídos el sonido de sirenas lejanas desde la superficie. Se avecinaban problemas... Tal vez problemas disfrazados de ayuda, y me preocupó que nuestra mejor oportunidad de una huída rápida se estuviera esfumando. Pero claro, no podíamos dejarlo sin más.

Addison se escabulló hacia el hombre, esquivando las zonas donde había más cristales. Emma me permitió volver a cogerla del brazo y corrimos tras el perro. Sergei estaba tumbado de costado, cubierto de cristales y de sangre. La bala lo había alcanzado en algún órgano vital. Sus gafas de alambre estaban rotas, y él intentaba ajustárselas para poder verme bien.

—Es un milagro, un milagro —dijo con un hilo de voz—. Te he oído hablar en lengua de monstruo. Es un milagro.

—No lo es —le dije, arrodillándome a su lado—. Ha desaparecido. La he perdido.

—Si un don está en tu interior, lo está para siempre.

Unas pisadas y unas voces resonaron desde el pasillo de las escaleras. Aparté los cristales para poder coger al contorsionista.

—Tú te vienes con nosotros —dije.

—Déjame —gimió—. No me queda mucho tiempo...

Lo ignoré, deslicé las manos debajo de su cuerpo y lo levanté. Era muy largo, pero ligero como una pluma, así que podía sostenerlo en brazos como a un bebé grande, con sus piernecitas delgadas colgando sobre mi codo y la cabeza apoyada en mi hombro.

Dos figuras bajaron corriendo los últimos peldaños de las escaleras y se detuvieron al llegar, recortadas por la pálida luz del día, escudriñando la nueva oscuridad. Emma señaló al suelo y nos arrodillamos en silencio, con la esperanza de que no nos viesen, de que fueran solo civiles que quisieran coger un tren, pero entonces oí el crujido de un walkie-talkie y ambos encendieron una linterna, cuyos haces de luz resplandecieron sobre sus brillantes chaquetas reflectantes.

Podían ser miembros de los servicios de emergencia, o wights disfrazados como tales. No estaba seguro hasta que, a la vez, se quitaron las tupidas gafas de sol.

Por supuesto, no podía ser de otro modo.

De repente, nuestras opciones se habían reducido a la mitad. Nuestra única escapatoria eran las vías, los túneles. Pero, heridos como estábamos, no podíamos ser más rápidos que ellos, solo seríamos capaces de escapar si no nos veían, y no lo habían hecho todavía, en medio del caos de la estación en ruinas. Las luces de sus linternas se cruzaron en el suelo. Emma y yo retrocedimos hacia las ruinas. Si

podíamos escabullirnos por los túneles sin llamar la atención..., pero Addison, el muy terco, no se movía.

—Vamos —susurré.

—Son conductores de ambulancia y este hombre necesita ayuda —dijo en voz lo suficientemente alta como para que los hombres levantaran las linternas y las dirigieran hacia donde estábamos nosotros.

—¡Quedaos donde estáis! —exclamó uno de los hombres, desenfundando una pistola, mientras el otro echaba mano a su walkie-talkie.

Dos cosas sucedieron rápidamente. En primer lugar, cuando estaba a punto de dejar caer al contorsionista en las vías y saltar tras él con Emma, se oyó el ruido de una bocina que provenía del túnel, y un solo foco delantero nos deslumbró. La ráfaga de aire rancio pertenecía a un tren, que seguía en marcha, no sabía cómo, a pesar de la explosión. En segundo lugar, un doloroso retortijón en las tripas me anunció que el hueco se había liberado y avanzaba hacia nosotros. En cuanto lo sentí, también lo vi, atravesando una cortina de humo, con la boca negra abierta y las lenguas azotando el aire.

Estábamos atrapados. Si corríamos hacia las escaleras, nos dispararían y nos aniquilarían, pero si saltábamos a las vías, moriríamos aplastados por el tren. Y tampoco podíamos escapar a bordo de este porque tardaría al menos diez segundos en parar, doce en cerrar las puertas y diez más en volver a cerrarlas, y para entonces habrían tenido tiempo de matarnos en tres ocasiones. Entonces, hice lo que suelo hacer cuando me quedo sin ideas: miré a Emma. La expresión abatida de su rostro denotaba que comprendía lo desesperado de nuestra situación, y el gesto rígido de su mandíbula indicaba que pensaba actuar de todos modos. Solo cuando ella avanzó tambaleándose, con las palmas extendidas, recordé que no podía ver al hueco, e intenté decírselo, cogerla, detenerla, pero no me salieron las palabras y no

podía agarrarla sin soltar al contorsionista; de inmediato, Addison se puso a su lado, ladrando al wight mientras Emma intentaba sin éxito crear una llama: chispas, chispas y nada más, como un encendedor sin gas.

El wight se echó a reír, amartilló su pistola y apuntó a Emma. El espíritu hueco corrió hacia mí, aullando como contrapunto del chirrido de los trenes detrás de mí. Entonces supe que el fin había llegado y que no podía hacer nada para detenerlo. En ese momento, algo en mi interior se relajó y, al hacerlo, el dolor que sentía siempre que un hueco estaba cerca casi se desvaneció. Era como un quejido muy agudo, y conforme se callaba, descubrí oculto otro sonido, un susurró en el límite de la conciencia.

Una palabra.

Me zambullí en mi interior para encontrarla. La agarré con ambos brazos. Cogí impulso y la grité con la misma fuerza que un lanzador de béisbol. «A él», le dije en una lengua que no era la mía. Solo dos sílabas con una enorme carga de significado. En cuanto salieron de mi garganta, el resultado fue instantáneo. El hueco dejó de correr hacia mí —se detuvo en seco, patinando sobre sus pies—, después se volvió bruscamente hacia un lado y soltó una lengua que voló sobre el andén y dio tres vueltas alrededor de la pierna del wight. Tras perder el equilibrio, lanzó un disparo que rebotó en el techo; a continuación, el hueco lo puso boca abajo y lo lanzó al aire, mientras el wight se desgañitaba.

Mis amigos tardaron un momento en darse cuenta de lo que ocurría. Mientras miraban boquiabiertos y el otro wight gritaba por su walkie-talkie, oí que las puertas del tren se abrían detrás de mí.

Era nuestra oportunidad.

—¡Vamos! —grité, y mis amigos me obedecieron.

Emma corrió a trompicones, con Addison pegado a sus pies, mientras yo intentaba meter al larguirucho contorsionista por las puertas estrechas. Una vez que todos conseguimos cruzar el umbral, caímos juntos sobre el suelo del vagón del tren.

Sonaron más detonaciones, y el wight disparó al hueco a ciegas.

Las puertas se cerraron a medias y volvieron a abrirse.

—Despejen las puertas, por favor —dijo la alegre voz de una grabación.

—¡Sus pies! —dijo Emma, señalando las largas piernas del contorsionista, cuyos dedos del pie entorpecían el cierre de las puertas. Como pude, aparté las extremidades del hombre, y en los segundos interminables antes de que las puertas volvieran a cerrarse, el wight, preso del espíritu hueco, disparó algunas veces más hasta que este se cansó de él y lo lanzó contra la pared; cayó al suelo y se quedó hecho un guiñapo inmóvil.

El otro wight se dirigió corriendo a la salida. «A él también», intenté decirle, pero era demasiado tarde.

Las puertas se cerraban y el tren empezó a moverse con una brusca sacudida.

Miré a mi alrededor y di las gracias porque el vagón en el que habíamos caído estuviese vacío. ¿Qué habría pensado la gente normal de nosotros?

—¿Estás bien? —pregunté a Emma. Estaba sentada, jadeando, y me miraba con intensidad.

—Gracias a tu ayuda —me dijo—. ¿De verdad has conseguido que el hueco hiciera todo eso?

—Creo que sí —respondí, sin dar crédito yo mismo.

—Alucinante —apostilló en voz baja. No estaba seguro de si estaba asustada, impresionada o ambas cosas.

—Te debemos la vida —dijo Addison, acariciándome el brazo dulcemente con la cabeza—. Eres un chico muy especial.

El contorsionista se rio; cuando me volví para mirarlo, vi que sonreía con expresión de dolor.

—¿Ves? Te lo dije. Es un milagro.

Después su gesto se volvió serio. Me cogió de la mano y me puso un papel pequeño en ella. Era una fotografía.

—Mi mujer, mi hijo —dijo él—. Nuestro enemigo me los arrebató hace mucho. Si encuentras a los demás, tal vez...

Eché un vistazo a la foto y me quedé sorprendido. Era una imagen pequeña de una mujer con un bebé en brazos. Resultaba evidente que Sergei la llevaba con él desde hacía mucho tiempo. Aunque se veía bien a las personas retratadas, la fotografía estaba bastante hecha polvo, parecía que hubiese escapado por los pelos al fuego y que el calor hubiera retorcido y fragmentado las caras. Sergei nunca había mencionado que tuviese una familia; desde que lo conocía, solo había hablado de crear un ejército de peculiares, yendo de bucle en bucle para reclutar supervivientes físicamente capaces, de redadas y de purgas. Nunca nos había contado para qué quería ese ejército. Ahora lo sabía: para recuperarlos.

—También los encontraremos —le prometí.

Ambos sabíamos que eso sería difícil, pero era lo que necesitaba oír.

—Gracias —dijo, antes de relajarse en medio de un charco de sangre que no dejaba de aumentar.

—No le queda mucho tiempo —añadió Addison, que se acercó a lamer la cara de Sergei.

—Puede que tenga calor suficiente para cauterizar la herida —dijo Emma.

Mientras corría hacia él, empezó a frotarse las manos. Addison olisqueó la camisa del contorsionista, a la altura del abdomen.

—Aquí. La herida está aquí.

Emma colocó las manos a ambos lados de la lesión y, cuando la carne chisporroteó, me levanté mareado.

Miré por la ventana. El tren aún no había salido de la estación, ralentizado quizá por los desechos caídos en las vías. Las luces de emergencia iluminaban detalles al azar en la oscuridad. El cuerpo de un wight muerto medio cubierto de cristal. La cabina telefónica, escenario de mi descubrimiento, hecha trizas. El hueco —reparé en su presencia con un escalofrío— trotaba en el andén junto a nosotros, unos vagones por detrás, tranquilo como un deportista.

«Detente. Aléjate», solté mirando a la ventana, en humano. No tenía la cabeza clara, el dolor y los quejidos volvían a interponerse.

Cogimos velocidad y entramos en el túnel. Apreté la cara contra el cristal, pero eché un vistazo hacia atrás. Estaba muy muy oscuro... y entonces, en una explosión de luz como el flash de una cámara, vi al hueco como una imagen momentáneamente fija: volando, con los pies elevados sobre el andén, las lenguas enlazadas a la barandilla del último vagón.

Milagro. Maldición. Aún no sabía distinguirlos.

Agarré a Sergei por las piernas, y Emma, por los brazos, y con delicadeza lo colocamos sobre un banco, donde, bajo un anuncio de pizza congelada, yacía desmayado y balanceándose con el movimiento del tren. Si iba a morir, nos parecía mal que tuviera que hacerlo en el suelo.

Emma le levantó la fina camisa.

—Ha dejado de sangrar —anunció—, pero morirá si no lo llevamos enseguida a un hospital.

—Tal vez muera de todos modos —dijo Addison—. Especialmente en un hospital del presente. Imaginaos: puede que se despierte dentro de tres días, con la herida curada, pero el resto de su cuerpo hecho un desastre, al caerle encima doscientos años de golpe, y vete tú a saber en qué estado.

—Es cierto. Puede ocurrir —replicó Emma—. Pero insisto, me sorprendería que alguno de nosotros siguiera vivo dentro de tres días, en cualquier condición. No estoy segura de qué más podemos hacer por él.

Ya les había oído mencionar esa fecha límite antes: dos o tres días era el período de tiempo máximo que un peculiar que había vivido en un bucle podía permanecer en el presente sin envejecer a toda velocidad. Era el tiempo suficiente para que visitaran el presente sin quedarse; tiempo suficiente para viajar entre bucles y no sentir la tentación de remolonear. Solo los temerarios y las ymbrynes hacían excursiones al presente de más de unas cuantas horas; las consecuencias de retrasarse eran demasiado graves.

Emma se levantó, parecía mareada bajo la luz pálida amarillenta; entonces, se tambaleó y se agarró a uno de los soportes del tren. La cogí de la mano e hice que volviera a sentarse a mi lado, y se derrumbó en el banco, exhausta.

Ambos lo estábamos. Llevaba días sin dormir bien y sin tomar una comida decente, sin contar las pocas oportunidades que habíamos tenido para atiborrarnos como cerdos. Ya no sabía cuánto tiempo llevaba corriendo, aterrado y con los malditos zapatos que me hacían ampollas, pero había algo peor: cada vez que hablaba lengua de los huecos, parecía que me arrancasen algo en mi interior que no sabía cómo recuperar. Sentía un tipo de cansancio que nunca había experimentado, un agotamiento subterráneo. Había descubierto un filón

nuevo en mí, una fuente de poder que debía explotar, pero era limitada y finita, y me pregunté si usarla podía estar desgastándome.

Pero no había tiempo para preocuparse de eso ahora. Por el momento, intenté saborear aquel extraño momento de paz, rodeé a Emma con mi brazo, y ella apoyó la cabeza en mi hombro, con un suspiro. Egoístamente, quizá, no mencioné al hueco que perseguía nuestro tren. ¿En qué habría cambiado la situación? Si nos atrapaba no podríamos hacer nada, estaríamos a su merced. La siguiente vez que nos encontrase, y estaba seguro de que volveríamos a vernos, o hallaba las palabras para detener sus lenguas o no habría nada que hacer.

Vi a Addison saltar al asiento de delante de nosotros, descorrió el cerrojo de una ventana con su pata y la abrió un poco. El sonido rabioso del tren y una ráfaga de aire templado se colaron en el vagón. El perro se sentó para leer el viento con la nariz, con los ojos brillantes y el hocico arrugado. A mí el aire me olía a sudor rancio y a putrefacción, pero él parecía captar algo más sutil, algo que requería una cuidadosa interpretación.

—¿Los hueles? —pregunté.

El perro me oyó, pero tardó un buen rato en responder, pues miraba al techo como si intentara afinar una idea.

—Sí, los huelo —dijo—. Su rastro es agradable y crujiente, además.

Incluso a tanta velocidad y pese a que habían pasado unos minutos, podía captar el rastro de peculiares que habían estado encerrados en el vagón de un tren previo. Estaba impresionado, y se lo dije.

—Gracias, pero no puedo llevarme todo el mérito —dijo él—. Alguien ha debido de abrir una ventana en su vagón, si no el rastro sería mucho más tenue. Miss Wren debía de saber que intentaría seguirlos.

—¿Sabía que estarías aquí? —pregunté.

—¿Cómo nos encontraste? —quiso saber Emma.

—Un momento —nos cortó Addison abruptamente.

El tren entraba lentamente en una estación; por las ventanas ya no se veía la negrura del túnel, sino los azulejos blancos. El perro sacó el hocico al exterior y cerró los ojos para concentrarse.

—No creo que hayan bajado aquí, pero preparaos por si acaso.

Emma y yo nos levantamos e hicimos todo lo que pudimos para ocultar al contorsionista. Vi con cierto alivio que no había mucha gente esperando en el andén. De hecho, resultaba curioso que hubiera alguien, e incluso que los trenes siguieran funcionando como si nada hubiera pasado. Supuse que los wights se habían asegurado de ello, con la esperanza de que nosotros mordiéramos el anzuelo, nos subiéramos a un vagón y fuese más sencillo rodearnos. Sin duda, no debía de resultar difícil localizarnos entre los viajeros de un día laborable en el Londres actual.

—Procurad parecer normales —dije—. Como si perteneciérais a este tiempo.

A Emma, mis palabras parecieron hacerle gracia, pues ahogó una risa. Supongo que era divertido, puesto que no pertenecíamos a ningún momento en particular, y menos a aquel.

El tren se detuvo y las puertas se abrieron. Addison olisqueó el aire con fuerza mientras una mujer de aspecto aburrido y abrigo verde guisante entró en nuestro vagón. Cuando nos vio, no pudo contener una expresión de incredulidad; sin pensárselo dos veces, se dio la vuelta y volvió a salir. «No. No, gracias.» No podía culparla. Estábamos sucios, íbamos vestidos con ropa vieja y extraña que, encima, tenía manchas de sangre. La opción más probable es que pareciera que acabábamos de matar al pobre hombre que estaba a nuestro lado.

—Que parezcamos normales —repitió Emma, con una risa burlona.

Addison apartó la nariz de la ventana.

—Vamos por buen camino —anunció él—. Miss Wren y los demás seguro que han pasado por aquí.

—¿Y no se bajaron? —quise saber.

—Creo que no. Pero si no los huelo en la siguiente estación, sabremos que nos hemos pasado.

Las puertas volvieron a cerrarse, y nos pusimos de nuevo en marcha con un chirrido eléctrico. Iba a sugerir que buscáramos ropa para cambiarnos cuando Emma dio un respingo a mi lado, como si acabara de acordarse de algo.

—Addison, ¿qué ha pasado con Fiona y Claire? —le preguntó.

Con la sola mención de sus nombres, una nueva ola de preocupación insoportable me golpeó. Las habíamos visto por última vez en la casa de fieras de Miss Wren, donde la chica mayor se había quedado detrás con Claire, que estaba demasiado enferma para viajar. Caul nos había dicho que había hecho una redada allí y había capturado a las chicas, pero también nos había asegurado que Addison estaba muerto, de modo que, claramente, su información no era fiable.

—Ah —dijo Addison, asintiendo con gravedad—. Me temo que solo puedo daros malas noticias. Una parte de mí, debo admitir, esperaba que no llegarais a preguntar.

Emma se quedó pálida.

—Cuéntanos qué ha ocurrido.

—Por supuesto —dijo él—. Poco después de que vuestro grupo se marchara, una banda de wights nos asaltó. Les lanzamos huevos de gallinas Armagedón y conseguimos dispersarlos y que se escondieran. La chica mayor, la que llevaba el pelo despeinado...

—Fiona —dije, con el corazón en un puño.

—Nos dejó escondernos en su recinto con plantas (en los árboles, y bajo algunos matorrales). Estábamos tan bien camuflados que los wights habrían tardado días en encontrarnos a todos, pero nos gasearon para hacernos salir.

—¡Gas! —gritó Emma—. ¡Esos cabrones juraron que jamás volverían a usarlo!

—Pues, al parecer, mintieron —dijo Addison.

En uno de los álbumes de Miss Peregrine había visto una foto de un ataque así: wights con máscaras espectrales con bombonas de oxígeno, paseándose tranquilamente mientras lanzaban nubes de veneno al aire. Aunque el material que usaban no era mortal, te quemaba los pulmones y la garganta, causaba terribles daños y se rumoreaba que atrapaba a las ymbrynes en su forma de pájaro.

—Cuando nos rodearon —continuó Addison—, nos interrogaron sobre el paradero de Miss Wren. Pusieron su torre patas arriba, buscaban mapas, diarios y no sé qué más; cuando la pobre Deirdre intentó detenerlos, le dispararon.

Vi una imagen de la cara alargada de la emú-rafa, desgarbada, dulce y con los dientes separados; se me encogió el estómago. ¿Qué tipo de persona podría matar a una criatura semejante?

—Dios, es horrible —dije.

—Terrible, sí —coincidió Emma someramente—. ¿Y las chicas?

—A la pequeña la capturaron los wights —explicó Addison—. Y a la otra..., bueno, hubo un rifirrafe con algunos de los soldados, estaban cerca del borde del precipicio, y ella cayó.

Lo miré incrédulo.

—¿Qué?

Por un momento, lo vi todo borroso, después, volvió la claridad. Emma se puso tensa, pero la expresión de su cara no reveló nada.

—¿A qué te refieres con caer? ¿Caer cuánto?

—Fue una caída en vertical. Cientos de metros, al menos. —Le goteaban las carrilleras carnosas—. Lo siento mucho.

Me desplomé sin fuerzas. Emma seguía de pie, sujetándose a la barra con mucha fuerza.

—No —dijo ella con firmeza—. No, eso no es posible, de ninguna manera. Tal vez pudiera agarrarse a algo mientras caía. A una rama o a un saliente...

Addison estudió el suelo lleno de chicles pegados.

—Es posible.

—¡O quizá los árboles que había bajo ella amortiguaron su caída y la recogieron como una red! Tiene el poder de hablar con ellos, lo sabes, ¿no?

—Sí —dijo él—. No hay que perder la esperanza.

Intenté imaginarme cómo debía de ser caer desde tan alto sobre un arbusto lleno de espinas. No parecía posible. Vi que la pequeña esperanza que Emma albergaba había desaparecido. De inmediato, empezaron a temblarle las piernas, soltó la barra y se desplomó en el asiento contiguo al mío.

Miró a Addison con los ojos vidriosos.

—Siento mucho lo de tu amigo.

Él asintió.

—Lo mismo digo.

—Nada de esto habría pasado si Miss Peregrine estuviera aquí —susurró ella.

Y, entonces, lentamente, agachó la cabeza y se echó a llorar.

Quería rodearla con mis brazos, pero por alguna razón sentía que me estaría entrometiendo en un momento privado, imponiendo mi presencia cuando ella parecía necesitar estar a solas, así que preferí

sentarme, bajar la mirada, y la dejé llorar a su amiga. Addison se alejó, por respeto, creo, y porque el tren entraba en otra estación.

Las puertas se abrieron. Addison asomó la cabeza por la ventanilla, olisqueó el aire del andén, gruñó a alguien que intentaba entrar en nuestro vagón y después volvió adentro. Para cuando las puertas volvieron a cerrarse, Emma había levantado la cabeza y se había enjugado las lágrimas.

Le apreté la mano.

—¿Estás bien? —pregunté, ansiando que se me ocurriera algo más o mejor que decir.

—No me queda más remedio, ¿no? —dijo ella—. Por los que siguen vivos.

Hay a quien la forma en que compartimentaba su dolor y lo dejaba de lado le habría parecido insensible, pero yo la conocía lo suficiente para comprenderla. Tal vez no quisiera a muchas personas, pero a los que se contaban entre sus seres queridos los amaba con cada centímetro de su cuerpo, pero también sabía que, si se permitía dar rienda suelta a sus emociones, estaría perdida. Así que tenía que controlar sus sentimientos, sofocarlos, silenciarlos; no tenía más remedio que enviar flotando su dolor más hiriente a una isla, que se estaba llenando rápidamente, y adonde se iría a vivir algún día.

—Vamos, dime —dijo a Addison—. ¿Qué le ha pasado a Claire?

—Los wights se marcharon con ella. Le amordazaron ambas bocas y la metieron en un saco.

—Pero ¿estaba viva? —pregunté.

—Y coleando, al menos ayer al mediodía. Después, enterramos a Deirdre en nuestro pequeño cementerio, y yo me marché a Londres para encontrar a Miss Wren y avisaros a todos. Una de las palomas de Miss Wren me condujo hasta su escondite, y, aunque me gustó ver

que habíais llegado antes que yo, por desgracia, también se me habían adelantado los wights. Su sitio ya había empezado, y solo pude observar impotente cómo entraban en el edificio, y..., bueno, ya sabéis lo que pasó después. Os seguí cuando os llevaron al metro. Cuando se produjo la explosión, vi la oportunidad de ayudaros y la aproveché.

—Y te doy las gracias —dije, al darme cuenta de que todavía no le habíamos reconocido lo mucho que le debíamos.

—Si no nos hubieras obligado a marcharnos cuando lo hiciste...

—Sí, bueno... No es necesario perderse en hipótesis desagradables —zanjó él—. Pero, a cambio de mi gallardía, esperaba que me ayudarais a rescatar a Miss Wren de los wights. Por increíble que parezca, lo es todo para mí.

Así que, en realidad, quería salvar a Miss Wren de los wights, no a nosotros, pero éramos la apuesta más segura, estábamos más lejos del tren, así que tomó una decisión repentina y sacó el mejor partido a la situación.

—Por supuesto que te ayudaremos —le dije—. ¿No es lo que estamos haciendo ahora mismo?

—Sí, sí —respondió—. Pero tenéis que ser conscientes de que, como ymbryne, Miss Wren es más valiosa para los wights que los niños peculiares, de modo que será más difícil liberarla. Me preocupa que, si tuviéramos la suerte suficiente para poder rescatar a vuestros amigos...

—Oye, espera un momento —lo interrumpí—. Quién dice que será más difícil...

—Sí, lo será—apostilló Emma—. La tendrán custodiada bajo siete llaves, no hay duda. Pero no podemos dejarla atrás. No abandonaremos a nadie nunca más. Tienes nuestra palabra de honor de peculiares.